

Cosas extrañas que ver y cosas extrañas que contar.

Francisco Rapalo



Image not found.

Capítulo 1

"I try to accept any strangeness

rather than explain it",

Helen Oyeyemi.

INTRODUCCIÓN

Pensar en un chico que desde la ventana de su pieza mira todos los días un mismo árbol durante cuatro años lleva apenas un minuto.

Espiar a alguien que se cambia por el ojo de la cerradura lleva apenas un minuto pero ese minuto dura como cuatro años.

Pensar en envenenar un pit bull con vidrio molido para proteger a una hija imaginaria es una buena fantasía en que invertir tiempo. Si vas a fantasear con todo el proceso, y con el momento previo, que ni se te ocurra imaginar que advertís al dueño del Pit. No. Si lo hacés te delatás. Envenená al perro directamente y punto. Sin hablar con nadie. En silencio. Meté un trozo de vidrio adentro de una servilleta y dale con un martillo toda la tarde, hasta que quede bien molido. Después la albondiguita de carne cruda, etc. Cuando llegue el momento de escuchar al dueño, desde el otro lado de la medianera, llorando y prometiendo venganza, podés taparte los oídos porque al fin y al cabo sos alguien racional y piadoso. Pero el pit bull era nocivo para tus hijas porque una vez que traba las mandíbulas vos sabés cómo es, querido Fran. Podés hacer desaparecer (te aconsejo que lo hagas gradualmente, de a poco quiero decir) al vecino que llora con su perro muerto en brazos, a la medianera de ladrillos que te separa de él; pero no te quedes todavía sentado solo en el jardín, quedate con ellas, con tus dos hijas: Mailén y a la otra ponele como quieras. Ponelas jugando, sin el peligroso pit bull y sin ningún peligro. Que jueguen en el jardín en el que vos pasás las tardes. Dame un último esfuerzo, imaginalas un rato más. Tranquilo que no hay pit bull que se pueda meter en tu jardín. Solo fue una fantasía, la fantasía infantil de protegerlas de algún peligro. Ahora sí, si querés hacelas desaparecer de a poquito y con cuidado, no vaya a ser que ya no vuelvan porque también son mías. De hacer desaparecer el jardín me encargo yo. Gradual... de a poco el jardín vuelve a ser tu cuarto, de a poco vos sos vos. Y de a poco dejo de imaginarte imaginando para dejarte en la paz de tu cuarto escribiendo este libro.

Y ahora a vos te toca imaginarme (imaginarnos) viendo las cosas extrañas que viste y contaste, y tomando tu primer libro como un remedio, y esperando que nos provoque severos daños colaterales, mentales, psicológicos y ¿por qué no? físicos. Que para dañarnos escribís.

Matías Rano,

04 de Mayo de 2016.

Capítulo 2

DIOS ES TAMBIÉN UN OSO.

En la cordillera boscosa
había una chica
criada por un oso;
ella era la hija del oso,
ella era la madre del oso,
ella era su hermana y su mejor amiga.

[En el bosque
las sombras eran gruesas y pesadas
(sábanas negras echadas al pie de los árboles)
los insectos eran libres de hacer sus sonidos con furia
y los animales no sabían de la muerte.]

Ella,
que en su cabeza tenía las voces de otras personas
(la voz pajaril de una mujer
melódica —
suave como el pelaje del oso
y
la voz de un hombre
rugosa pero fundida—

cuando hablaba la voz del hombre
sentía
que tragaba sabia y corteza
se sentía llena),
ella que conocía cómo las ideas tienen fuerza propia,
le dijo al oso que necesitaban de un dios
le dijo
puede ser una mujer
o
puede ser también un oso.

La chica hizo un poema cada día
(en el barro, con los dedos)
hasta que fue encontrada y
la lluvia borró las letras
y el oso se despertó de su siesta
y pensó que la chica fue un sueño.
[Fuera del bosque
había que entrenar el ojo para encontrar las cosas
el oído para escapar del silencio
(si la cabeza estaba en silencio,
fuera del bosque,
los pensamientos se enrollaban

—ciempiés)

y

fuera del bosque

todos sabían que iban a morir

todo el tiempo.]

Después ella conoció los libros

(Margaret Atwood su preferida),

después tuvo un perro,

después fue asistente en una peluquería,

después dejaron de decir que tenía

—una mirada exótica y

pasaron a decir que tenía

—la cara vacía como una galleta de agua

y

después le gustó el barrio chino

los papeles barrilete, frágiles en su mano

crepitando llenos de vida.

Después

(cuando fue mayor)

tuvo una hija

chiquita y ruidosa

a la que le costaba conciliar
el sueño
y entonces ella le contaba historias
en plena oscuridad y le hacía tocar
una cosa peluda que
con las luces desaparecía.

La hija
que tenía la voz afiebrada
y húmeda
le preguntó:

¿quién es ese?

¿dónde está?

¿tiene nombre?

¿era tu amigo?

¿era un oso?

¿murió y está con dios?

¿dios es una mujer?

¿dios es también un oso?

¿dios puede ser las dos cosas?

¿y si no existe dios?

¿y si nunca saliste del bosque?

Capítulo 3

COCODRILOS EN LA PILETA PÚBLICA.

la profesora me hundió la cabeza en un balde y gritó

inadá, nadá, seguí nadando!

adentro había estrías blancas

y escuché la voz de Mamá

que dijo (esta pudo haber sido mi voz imitando

la suya):

ahora estás a salvo,

pero acordate de los cocodrilos

cuando no sea práctica

ila vida está llena de cocodrilos!

pero no te entiendo, Mamá

los vi

en el fondo

y me miraron

uno de los cocodrilos tiene

tus ojos

cansados

nadie le tiene miedo a tus

ojos, Mamá.

Capítulo 4

TODOS LOS PÁJAROS EN EL CIELO.

—el canto del pájaro es más fuerte acá, ¿qué pájaro es?

yo no escucho nada

—o estás muy acostumbrada...

no

—o es tu voz

tampoco

—¿entonces?

entonces vámonos, antes de que empiece a cantar para nosotros.

Capítulo 5

LO QUE DIJO LA MUJER BARBUDA.

Empezaste a juntar dientes
del arroyo
mientras él estaba en algún otro lugar—
—su auto haciendo ruido en otro lugar
sus malos modales
sobre otra mujer,
y se los mostraste
(en la cajita de cedro
en la que antes estaba el whisky
del padre de su padre)
dijiste
(con seriedad, como si lo llevaras al mayor de
tus secretos)
son treinta y dos,
pero sospecho que son de treinta dos personas
diferentes.

Cuando eras chica
(del tamaño del enebro plantado en el jardín)
la mujer barbuda

(la que se había alejado del circo
para refrescarse en el arroyo)
te contó
su romance con el acróbata
de la vez que se tiró desnuda en paracaídas
de cómo dejar crecer su barba era un acto—
—de empoderamiento femenino
y te dijo
que de las cosas perdidas se crean
las historias.

Seguiste el arroyo,
buscando a la mujer barbuda,
buscando el circo,
buscando más dientes—
—años después,
siguiendo las huellas de un gatito
las de un zorro gris
y
las tuyas.

Te acostaste en la alfombra y él
caminó por tu espalda
separándote

abriendo espacios en tu cuerpo que
bien podrían haber sido
galaxias
hormigueros
palabras.

Miraste, contemplaste
las huellas de sus pies en tu espalda,
las mujeres que
como vos
viven a lo largo del arroyo
y que a cierta hora
del día piensan en todas las chicas
muertas y las que van a morir también
*(ser una chica muerta es como ser
una modelo a tiempo completo, pensás*
y
te asustás
y
para remediarlo sumás
un diente tuyo
a la caja).

Capítulo 6

INDIGESTIÓN.

A Rosa le gusta comer
almuerzos,
postres,
arroz,
carne de cerdo y
de pescado
(la de pollo no),
pero sí zanahorias.

También a los demás,
a sus pensamientos y
sus secretos
(pero Rosa me dice
si tiene cerradura no es secreto, así que no).

Rosa se come a sí misma:
las uñas crocantes y saladas,
los glóbulos oculares como caramelos efervescentes.
Rosa se come hasta que ya no queda
nada

de ella,

hasta que las cosas ya no duelen

excepto un poco la panza.

Capítulo 7

POR CADA HOMBRE.

Por cada hombre con el que estuvo creció algo en su cuerpo:
una anémona en el ombligo
(en el diccionario de las flores la anémona significa abandono,
le dijo alarmada su madre),
un cuerno grueso y espiralado en la cabeza,
plumas en los muslos,
algo adentro entre los riñones
algo que se transformó
inevitablemente
en suyo,
etcétera,
etcétera,
etcétera.

Capítulo 8

AGUJEROS.

¿qué ves?, le preguntó la primera chica

la segunda contestó:

veo un espejo

una chica

/mirando fijamente un espejo

buscando algo por detrás del espejo

la primera chica movió la cabeza en gesto negativo:

¿y los agujeros?

Capítulo 9

CHRYSAORA QUINQUECIRRHA.

Cuando era chico fue más nena que nene,
después al revés,
y llegado un punto
no hubo manera de diferenciarlo.

A veces abría una puerta y pasaba
como una flecha cruzando el cielo
como una chica enamorada;
en otras aplastaba arañas
donde hubiera cadáveres de araña
ahí estaría él. Hacía estas dos cosas
en el mismo día.

Creció
y fue una mujer independiente
que revivía bebés aspirados en vómito de leche
que salía por las ventanas;
y fue un hombre sensible
que perfumaba las cosas
tocándolas,

que charlaba con la versión de sí mismo
en el espejo.

Más tarde se enamoró

(ella se enamoró)

pero no entera.

Él, cuando era él,

escuchaba el océano atlántico

(gris y problemático)

desde su terraza, cerraba

los ojos

y nombraba las cosas de este mundo

que sonaban bien

hasta que se dormía.

Al final fue una mujer mayor

y un hombre mayor,

tranquilo,

las olas que lo adormecían

la despertaban,

inquieta;

al final reunió a sus maridos

y mujeres

y amantes

y novios y novias
y compañeros y compañeras
(en una fiesta de champagne
de ostras crudas con limón y tabasco),
y con una guillotina aparatosa
lo dividieron por la mitad
y la dividieron por la mitad:
mitad mujer
mitad hombre
mitad triste
mitad complaciente
mitad caricias
mitad besos
mitad de sí mismo
mitad de sí misma.

Capítulo 10

CÓMO ENGORDAR NADA.

Es una *cosa* adentro mío,
como si alguien hubiera dicho
alguna vez
que quisiera estar *en* el lugar de otra persona
y así fue,
pero ¿en el lugar de quién?

Digo:
(la lluvia es un coro en el techo,
el viento arrastrando las almas,
la casa una caja torácica
hueca
llena de sombras oscuras
y una de esas sombras soy yo,
más clara)
quiero ser otra persona,
un hombre-sirena.

Muchas cosas uno puede querer ser:
una abeja

en un mundo sin abejas,
un hombre-sirena
en un mundo sin hombres-sirena,
una oca
y sobrevolar tumbas de los demás;
pero la casa está vacía
y si digo muy fuerte mi nombre
alguien del otro extremo
va a repetirlo.

Digo:

*quiero ser la persona del otro extremo de la casa,
la que me llama
con mi propia voz.*

Muchas cosas uno puede querer ser,
pero algunas son trampas
(la solitaria abeja
en un mundo sin abejas,
el hombre-sirena
en un mundo de orgasmos,
la oca que un día
sobrevuela su propia tumba

y se convierte
en un fantasma),
como la persona del otro extremo
que no es más que la misma casa
que repite los sonidos
en caso de que un día la tormenta
acabe
y no quede otra cosa que el
silencio.

Capítulo 11

LA CASA DE LAS FIERAS.

el circo al que me llevaban

ya no existe

se llamaba la casa de las fieras

la leona que me miró esa vez

(desde la jaula)

tenía mis ojos

o yo los suyos,

y teníamos

la misma voz (escandalosa

como si quisiéramos

despertar a alguien)

el circo al que me llevaban ya no existe

ni la leona.

Capítulo 12

LOS CERVATOS GEMELOS.

Aparecieron en un sueño
los cervatos gemelos
muertos
por disparo
pero no a ellos sino a su madre
que no los pudo alimentar;
a través de unos pinos con corteza negra
se veía el cazador;
arriba, donde no había cervatos muertos
sino árboles y árboles y árboles que
cubrían las cosas terribles
de la tierra, arriba
el sol como un fantasma.

*

Escribo un poema sobre los cervatos gemelos
porque es más fácil que escribir
sobre las otras cosas muertas
(las que me asustan),
porque la sangre se me pone fría
y a la noche los muebles me quieren

decir algo

pero no saben hablar

y crujen,

porque en donde vivo no hay cervatos, y

porque en donde vivo no se ven los cazadores.

*

Volví a soñar con los cervatos gemelos,

los agarré y los traje

a la vigilia

despertando de repente con las manos ocupadas

(no pesaban casi nada, pobrecitos)

y aunque más tarde pude revivir a uno de ellos

por unos minutos

(con electricidad y unas pinzas improvisadas)

y parpadeó

y finalmente se acomodó junto

al otro para morir,

están mejor así, en mi

mesita de luz, los

acaricio

(la piel como terciopelo polvoriento).

*

Los tengo junto a mí

les hago un poema

y lo extraño cuando estoy de viaje

(extraño como hacen callar a los muebles,
extraño como me cuidan de las pesadillas).

Capítulo 13

COSAS EXTRAÑAS QUE VER Y COSAS EXTRAÑAS QUE CONTAR.

Vi un hombre de la India
quebrado en decenas de pedazos
y vuelto a armar;
medía sesenta centímetros y era bueno
dando consejos,
era bueno escuchando
(sonreía con toda la boca,
pedía que le hablaran más fuerte).

Vi una chica que no podía
despertar,
el Síndrome de la Bella Durmiente
dijo un doctor,
y sus padres la llevaron al mar.
La gente de verano no sabía que
en la casa de la playa
descansaba una chica
y que había que hacer silencio.

Vi a una mujer

desaparecer
en el interior del océano
donde el azul es tan oscuro que
las cosas no se pierden,
se olvidan.

Vi a una familia en una casa encantada
(maldita)

y vi a un hombre de fe diciendo:
nunca conocí una casa encantada
pero sí a personas perseguidas
por espíritus y
por demonios.

Vi al mismo hombre de fe
con los ojos en blanco
espuma en la boca
y diciendo:

memento mori,

memento mori,

memento mori.

Vi a un viejo
poniendo dedaleras en cada jarrón vacío que hubiera,

tirando monedas en charcos,
rezando por el hombre de la
India,
rezando por la chica
durmiente,
rezando por la mujer
perdida
y por la familia también,
por todas las cosas extrañas
que ver
y
que contar.

Capítulo 14

HELEN OYEYEMI, EL ZORRO Y YO.

Me hago un lugar en el hueco de su garganta
donde me llega su risa —antes que a los demás
donde las historias se forman
donde el zorro olfatea
mientras ella está dormida
y
estamos ella, yo
y ahora el zorro.

Helen tiene los ojos húmedos,
habla lentamente
como si las palabras fueran
a durar poco,
como si estuviera tratando de entenderse.

Maltrata los libros
dobla las páginas
los apila
les hace preguntas incómodas
¿por qué así? ¿por qué?
¿hasta cuándo?

¿no fue suficiente?

(el zorro la observa desde la ventana,
intenta responderle
—quisiera poder).

Helen escribe sobre llaves,
y yo sobre
espejos. Hay algo en su
sonrisa que es antiguo
y secreto
que no se revela.

El zorro
(el tercero en discordia)
—es un zorro de Praga
un zorro Armani
un zorro Gucci
un zorro
que puede ser un hombre
y decir 'buenas noches'
en treinta variaciones diferentes.

Yo
soy un pensamiento

en el hueco de su garganta;

el zorro no sabe

de mí,

pero sospecha.

Helen no sabe

de mí

ni del zorro.

Otras veces

se mira en el espejo

y no se encuentra

—no sabe de ella.

Entonces

—de noche

entra el zorro

(en un traje azul petróleo

con gemelos dorados

en forma de cerradura)

se acerca y me busca

en la garganta

un débil latido

—el zorro puede ser

letal.